

Ciudadanía lúcida en tiempos de fragmentación: una nueva narrativa para Bolivia

Santiago Xavier Terceros Pavisich¹

Cómo citar este artículo: Terceros Pavisich, S. X. (2025). Ciudadanía lúcida en tiempos de fragmentación: una nueva narrativa para Bolivia. *Revista Biumar*, 9(1), 44-48. <https://doi.org/10.31948/rb.v9i1.5077>



Fecha de recepción: 16 de septiembre de 2025

Fecha de aprobación: 30 de septiembre de 2025

Resumen

En el marco del complejo panorama político boliviano hacia 2025, este artículo plantea la necesidad de superar la mera lectura electoral de la coyuntura y construir una narrativa transformadora desde la ciudadanía. Combinando elementos de análisis electoral, crítica institucional y propuestas ideológicas, se propone una reflexión sobre el papel de los ciudadanos frente a la fragmentación política y la oportunidad histórica de redefinir el proyecto democrático boliviano.

Palabras clave: política, elecciones, participación, ciudadanía, Bolivia

Lucid citizenship in times of fragmentation: A new narrative for Bolivia

Abstract

Within the context of Bolivia's complex political landscape leading up to 2025, this article raises the need to move beyond a mere electoral interpretation of the situation and construct a transformative narrative from the perspective of citizens. Combining elements of electoral analysis, institutional critique, and ideological proposals, this article proposes a reflection on the role of citizens in the face of political fragmentation and the historic opportunity to redefine the Bolivian democratic project.

Keywords: politics, elections, stake, citizen, Bolivia

¹ La Paz, Bolivia. Correo: santiagoxterceros@gmail.com

Ciudadania lúcida em tempos de fragmentação: uma nova narrativa para a Bolívia

Resumo

No contexto do complexo cenário político da Bolívia até 2025, este artigo levanta a necessidade de ir além de uma mera interpretação eleitoral da situação e construir uma narrativa transformadora a partir da perspectiva dos cidadãos. Combinando elementos de análise eleitoral, crítica institucional e propostas ideológicas, este artigo propõe uma reflexão sobre o papel dos cidadãos diante da fragmentação política e da oportunidade histórica de redefinir o projeto democrático boliviano.

Palavras-chave: política, eleições, participação, cidadania, Bolívia

1. El tiempo de la incertidumbre

Bolivia se aproxima a las elecciones generales de 2025, en un contexto de alta incertidumbre, marcado por la erosión de las estructuras tradicionales de representación política y la incapacidad de los actores partidarios para articular una nueva hegemonía. La crisis de legitimidad que atraviesan tanto el oficialismo como la oposición ha generado un vacío de poder simbólico e institucional que compromete la estabilidad del sistema democrático. El Movimiento al Socialismo (MAS), fuerza política dominante desde 2006, enfrenta una profunda fragmentación interna, evidenciada en la confrontación entre sus principales liderazgos y en la pérdida de cohesión ideológica. Simultáneamente, las fuerzas opositoras continúan atrapadas en una lógica de dispersión, sin lograr configurar una plataforma programática sólida que las proyecte como alternativa viable de gobierno.

Este escenario se inscribe en un patrón histórico recurrente en la política boliviana, caracterizado por ciclos de fragmentación, crisis de representación y posteriores reconfiguraciones del sistema de partidos. Tal como ocurrió en la transición del sistema de pactos entre partidos tradicionales en los años noventa al ascenso del MAS en la primera década del siglo XXI, el momento actual podría marcar el inicio de una nueva etapa. Sin embargo, a diferencia de episodios anteriores, esta crisis se desarrolla en un contexto de mayor complejidad: agotamiento del modelo económico basado en la renta extractiva, colapso de la justicia, deterioro de los servicios públicos y una ciudadanía cada vez más desencantada con la política formal.

El Índice de Fragmentación Electoral (Laakso y Taagepera) y el Índice de Concentración del Voto Opositor (Herfindahl-Hirschman), aplicados al análisis de los procesos electorales bolivianos desde 1997 hasta 2020, evidencian una evolución pendular entre concentración y dispersión del voto. Mientras que en el periodo 2006-2014 el MAS logró una hegemonía sostenida gracias a un contexto económico favorable, el periodo 2014-2020 mostró signos de desgaste institucional, desaceleración económica y creciente polarización. Hoy, la crisis del bloque nacional-popular y la falta de articulación del campo liberal plantean un escenario inédito, donde la incertidumbre no es simplemente un dato coyuntural, sino la condición estructural del momento político.

Esta coyuntura interpela no solo a las élites políticas, sino a la ciudadanía. En un contexto donde el sistema de partidos parece incapaz de ofrecer certezas, el desafío consiste en repensar el sentido mismo de la política. ¿Puede la fragmentación dar paso a una renovación democrática? ¿Qué tipo de ciudadanía es necesaria para encarar este momento histórico? Este artículo se propone abordar estas preguntas desde

una perspectiva crítica, articulando elementos de análisis electoral, reflexión ideológica y propuestas para una narrativa política transformadora.

2. De la hegemonía al desorden: anatomía de una fragmentación

La evolución del sistema político boliviano entre 1997 y 2020 revela un patrón de alternancia entre fragmentación y concentración. El colapso de los partidos tradicionales a fines de los 90 fue seguido por la hegemonía del MAS, cimentada en una bonanza económica y una capacidad inédita de articulación territorial. Durante el auge del gas y los minerales, el MAS logró consolidar una maquinaria estatal de redistribución que le permitió fidelizar apoyos en sectores históricamente marginados, incluyendo comunidades rurales, movimientos indígenas y sectores urbanos precarizados. La ampliación de la base social del Estado a través de bonos, transferencias condicionadas y presencia institucional en el territorio reforzó el proyecto hegemónico, que combinaba inclusión simbólica con control burocrático.

Sin embargo, esta hegemonía fue más administrativa que ideológica. A pesar del discurso de transformación estructural, el modelo del MAS evitó reformas de fondo en áreas como justicia, educación o diversificación productiva. Se apostó por la continuidad de un esquema extractivista basado en la renta, sin fortalecer las capacidades productivas del Estado ni mejorar sustancialmente los servicios públicos. Cuando los precios internacionales de los hidrocarburos y minerales comenzaron a descender a partir de 2014, también lo hizo la capacidad del Estado para sostener la red clientelar. Las promesas de estabilidad empezaron a mostrar sus límites, y con ello emergieron fisuras dentro del bloque gobernante.

La crisis post-2019 desnudó esas grietas. Las tensiones internas entre el ala renovadora liderada por Luis Arce y el ala tradicional encabezada por Evo Morales reflejan una pugna por el control simbólico y operativo del proyecto nacional-popular. Esta división no solo fragmenta al MAS hacia adentro, sino que también socava su capacidad de presentar una propuesta unificada ante el electorado. Al mismo tiempo, la oposición ha multiplicado sus voces, pero no su coherencia. Proliferan candidaturas personalistas, alianzas de

corto aliento y plataformas sin anclaje territorial o ideológico consistente.

Los índices de fragmentación partidaria actuales se asemejan a los de los años de mayor inestabilidad democrática, especialmente entre 1997 y 2002. La historia demuestra que una alta dispersión del voto puede derivar tanto en episodios de reconfiguración institucional como en estancamientos prolongados. Y como entonces, el verdadero riesgo no es únicamente la dispersión electoral, sino la ausencia de un proyecto de país compartido. En lugar de articular visiones de futuro, el debate público se ha reducido a intercambios entre caudillos debilitados y estructuras partidarias sin raíces.

Por ello, entender esta nueva fase de fragmentación implica reconocer no solo la multiplicidad de actores, sino también la fragilidad del pacto democrático. Sin una narrativa integradora que convoque a la ciudadanía y restituya la confianza en la representación política, el país corre el riesgo de quedar atrapado en una sucesión de elecciones sin dirección estratégica. La desafección política puede profundizarse, dejando espacio para soluciones autoritarias o tecnocráticas sin legitimidad popular. El desafío, por tanto, es doble: enfrentar la fragmentación sin nostalgia por el orden perdido, y construir una hegemonía renovada que no se base en el clientelismo ni en el monopolio estatal, sino en la deliberación democrática y la eficacia institucional.

3. Entre el voto y el sentido: el rol de la ciudadanía crítica

En este clima, el papel de la ciudadanía se vuelve crucial. La política ya no puede pensarse solo como competencia entre élites, sino como un espacio de deliberación colectiva donde se redefine el contrato social. Cuando los partidos no logran representar efectivamente las demandas sociales, corresponde a la ciudadanía organizarse, vigilar al poder y exigir una nueva orientación institucional.

La ciudadanía lúcida no se conforma con el cinismo ni con el clientelismo. Exige ideas, coherencia y propuestas. Cuestiona el uso del Estado como botín, denuncia la corrupción estructural y defiende lo público como instrumento de desarrollo y cohesión territorial. Esta ciudadanía no nace espontáneamente: se forma mediante educación, cultura cívica y comunicación responsable.

Frente al desgaste del relato revolucionario y al vacío del reformismo *light*, se requiere una narrativa política renovada. Una que combine libertad con igualdad, mérito con justicia, descentralización con cohesión nacional. Se trata de pasar de una ciudadanía instrumentalizada a una ciudadanía deliberante, crítica y propositiva.

El momento actual abre una oportunidad para transformar el pacto democrático desde su base social. Una ciudadanía lúcida no espera ser convocada; interpela, exige y construye. En un país fragmentado, su capacidad para articular sentido común puede marcar la diferencia entre la decadencia y la transformación.

4. Territorio, representación y poder: la batalla por la Asamblea

La elección de 2025 no se juega únicamente en la candidatura presidencial. La verdadera disputa estará en la Asamblea Legislativa Plurinacional. El colapso del modelo de representación tradicional y la fragmentación del sistema de partidos hacen indispensable recuperar el valor estratégico del poder legislativo. En un país donde el Ejecutivo ha concentrado históricamente las decisiones, la Asamblea puede convertirse en el epicentro de un nuevo equilibrio institucional.

En este contexto, los liderazgos territoriales cobran una relevancia fundamental. Los escaños uninominales, muchas veces subestimados, representan una oportunidad concreta para renovar la política desde abajo: con actores conectados con sus comunidades, con legitimidad social y con capacidad de articular demandas locales en proyectos de alcance nacional. En lugar de ser cuotas para pactos entre élites, estos espacios deben convertirse en semilleros de representación democrática genuina.

La diversidad territorial de Bolivia exige una Asamblea que refleje esa pluralidad no solo en términos simbólicos, sino en propuestas y soluciones. Las reformas estructurales que el país necesita —en justicia, educación, salud, economía y administración pública— no podrán ser implementadas sin una mayoría parlamentaria productiva, comprometida con el interés público, antes que con la lógica facciosa. Esa mayoría no se construye con retórica, sino con articulación política, capacidad técnica y visión de largo plazo.

Una Asamblea lúcida y valiente puede ser el contrapeso necesario frente a las tentaciones autoritarias, el clientelismo y el inmovilismo. Pero también puede convertirse en el espacio donde se gesten consensos para un nuevo ciclo institucional. Por eso, es imperativo que la ciudadanía le dé al voto legislativo el mismo peso que al presidencial. Elegir con criterio a quienes ocuparán el parlamento es elegir el tipo de país que se quiere construir desde el pluralismo, el diálogo y la reforma democrática sostenida.

5. Conclusión: reconstruir el futuro desde la conciencia

La historia política de Bolivia, como la de muchas democracias emergentes, ha estado marcada por avances no lineales, retrocesos inesperados y promesas fallidas. Cada ciclo de estabilidad ha sido precedido o sucedido por periodos de crisis institucional, polarización ideológica o fragmentación social. Esta trayectoria exige una lectura crítica y realista de las posibilidades de transformación política. El año 2025 se perfila como un punto de inflexión, no por la aparición de un liderazgo carismático, sino por la acumulación de tensiones estructurales que demandan soluciones de fondo.

En este contexto, la clave no está en depositar las esperanzas en figuras providenciales, sino en fortalecer los mecanismos institucionales, revitalizar los canales de representación democrática y consolidar una ciudadanía activa, informada y crítica. La fragmentación del sistema político, lejos de ser solo un síntoma de debilidad, puede ser igualmente una oportunidad para rediseñar los términos del pacto social. Si se canaliza adecuadamente, este momento puede permitir el surgimiento de nuevas coaliciones, narrativas más inclusivas y mecanismos más eficaces de gobernabilidad democrática.

Asumir esta tarea requiere abandonar las salidas fáciles: el tecnocratismo despolitizante, el populismo salvador, el abstencionismo cínico. Implica recuperar el valor de la política como herramienta de construcción colectiva. Reformar la justicia, renovar los partidos, fortalecer el parlamento, descentralizar el poder y profesionalizar la gestión pública son tareas urgentes que solo pueden avanzar si hay voluntad social organizada y conciencia cívica sostenida.

La apuesta por una ciudadanía lúcida, por una Asamblea propositiva y por una política de sentido no es una consigna idealista, sino una estrategia de supervivencia democrática. En sociedades marcadas por la desigualdad, el descontento y la desconfianza, solo una institucionalidad renovada puede evitar la deriva autoritaria o el estancamiento crónico. Bolivia ha demostrado en distintos momentos de su historia que es capaz de reinventarse desde el caos; lo que falta hoy es canalizar esa capacidad en un proyecto sostenible, plural y republicano.

En última instancia, el destino político del país dependerá menos de lo que hagan los partidos y más de lo que exija y construya la ciudadanía. Si se logra traducir la indignación en organización, la fragmentación en renovación y la incertidumbre en oportunidad, el bicentenario de Bolivia podrá marcar no solo un hito conmemorativo, sino el inicio de un nuevo ciclo institucional, más justo, más eficiente y más democrático.